

## LA APORTACIÓN DE LA OPCION CONFESIONAL CATÓLICA A LA EDUCACIÓN INTEGRAL\*

MANUEL DEL CAMPO GUILARTE  
FACULTAD DE TEOLOGÍA "SAN DÁMASO"  
MADRID

### INTRODUCCIÓN

El objeto de esta reflexión, que hoy tengo el placer de compartir con vosotros, tiene como pretensión legitimar el interés educativo de la enseñanza de la religión católica en la escuela y su aportación a la formación integral.

Con los obispos españoles estamos firmemente "persuadidos del valor humanizador de lo religioso para una existencia humana que quiera abrirse a la realidad total del mundo y convencidos de la fuerza y fecundidad del Evangelio para liberar y plenificar al hombre, ofreciéndole sentido, verdad y esperanza" (*Orientaciones Pastorales sobre la Enseñanza Religiosa Escolar*, 9).

Por eso afirmamos que la formación religiosa y moral católica contribuye a la formación integral del alumno, desarrollando especialmente su capacidad trascendente, facilitándole una propuesta de sentido para la vida e iluminando el fundamento de aquellos valores comunes que hacen posible una convivencia libre, pacífica y solidaria. En concreto, estamos persuadidos de que la opción confesional católica está en disposición de coadyuvar a la maduración de la personalidad integral del alumno

---

\* Conferencia pronunciada en el "Curso para Profesores de Religión y Moral Católica", organizado por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis. Madrid, día 27 de Febrero de 2004.

en la medida en que puede ofrecerle un núcleo referencial de ideas, creencias, principios y valores que le permitan dar respuesta a sus interrogantes más radicales, a la vez de hacer posible su apertura hacia el fundamento y el sentido último de la vida y del ser humano, así como la maduración de sus responsabilidades personales y sociales.

## I. ENTRE LA DESCONFIANZA Y LOS DESAFÍOS DE LA CULTURA ACTUAL

1. Estamos convencidos de todo esto y a la vez sabemos que un sector de la sociedad desconfía, y aún rechaza la idea de que la enseñanza de la religión católica represente una contribución positiva a la formación integral de los alumnos y sea un factor de humanización. Más bien, consideran que supone una intromisión indebida en la escuela, pues por tratarse de una enseñanza de la fe católica, el ámbito propio al que ha de estar referida es a la comunidad cristiana. La presencia de la enseñanza de la religión católica en la escuela no es compatible, opinan, con la realidad de un estado no confesional.

Podría, entienden, asumirse como una asignatura sobre el hecho religioso en general y sobre las expresiones culturales del mismo. Es decir, como un saber instrumental para el conocimiento y comprensión del entorno cultural, pero retirándole la capacidad de incidir en la educación del hombre, en sus determinaciones y convicciones profundas.

Pero los desafíos no sólo nos vienen de fuera. También entre nosotros encontramos serias dificultades para hacer significativa a los alumnos y efectiva la aportación específica de la enseñanza de la religión católica.

2. Decimos que la enseñanza de la religión católica está en condiciones de ofrecer una contribución importante a la formación integral del alumno, cooperando a la calidad de la educación, y trabajando por formar al alumno como un ser consciente, crítico, libre y solidario.

Pero de nuevo aparecen las desconfianzas y los desencuentros. Aun coincidiendo en el punto de partida de que “la educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana” (*Constitución Española*, art. 27, 2) al descender a su

concreción y aplicación en la escuela, no será fácil hallar un punto de encuentro y de coincidencia en la configuración de los fines y de los medios escolares que promuevan el desarrollo educativo integral del alumno. Por muchas razones, entre otras, por la dificultad de armonizar las exigencias del desarrollo científico, material y técnico de los alumnos con las necesidades espirituales del ser humano.

En una cultura escolar como la nuestra, donde priman los paradigmas educativos de carácter cognitivo y los paradigmas del aprendizaje instrumental y pragmático que se orientan más a la capacitación funcional del "saber hacer", que a la formación del "ser", aquellos saberes de carácter humanístico y moral, que representan opciones y valores de sentido, de significación de la vida y del hombre, suscitarán desinterés y, más aún, recelo y desconfianza, si, como en el caso de la asignatura de religión católica, contienen un proyecto fundamental sobre el hombre, que nace de Jesucristo, el Redentor del hombre.

En estas circunstancias, la aportación de la ERE a la formación integral del alumno será considerada, por algunos, como inoportuna e indeseada. Pero no es ésta, con todo, nuestra mayor dificultad, sino el hecho de que, en las actuales circunstancias, nuestra aportación resulte a nuestros alumnos de difícil integración dentro de un mundo de saberes técnicos e instrumentales, en medio de una cultura que no quiere plantearse las cuestiones de sentido, los principios que sustentan y orientan el "ser" del hombre.

Así, la aportación de la opción confesional católica a la formación integral de los alumnos se debate entre la desconfianza y los recelos de unos, y las dificultades y desafíos que nos presenta la cultura contemporánea en la escuela.

3. Por nuestra parte, solemos aducir otros avales poderosos, para mostrar nuestra contribución a la formación integral de los alumnos. Me refiero al empeño sistemático de la enseñanza de la religión católica por promover la educación de los valores fundamentales del hombre, como son la libertad, la solidaridad, la justicia, la paz,... que constituyen la base de los derechos humanos, y contribuyen, decimos, a formar personas responsables, solidarias y libres.

Pero, tales valores, que son peculiares de la fe cristiana y de ella traen su origen, y a la vez son considerados comunes,

puesto que son mayoritariamente admitidos por nuestras sociedades occidentales, presentan hoy entre nosotros, sobre la misma denominación, significados diferentes. La expresión verbal por sí misma no es hoy garantía de la misma identidad. El sentido y el contenido de tales valores viene determinado, como es sabido, por la fuente inspiradora. Y cuando ésta, en nuestra sociedad, es la pluralidad de fuentes, o es, más concretamente el proyecto humanista que nace de la Ilustración, y no el fundamento trascendente que nace del orden establecido por Dios, la sintonía y la coincidencia será tan sólo semántica, pero no real. De modo que las diferencias de principio originarán diferentes proyectos axiológicos, que ni la buena voluntad ni el entusiasmo en la colaboración, ni las concordancias administrativas podrán allanar. Sabemos que cuando estos valores básicos no los nutre la fe, o pierden su fundamento de carácter estable y universal, lo que sobreviene es la renuncia a una sabia vital que los de sentido y consistencia y la pérdida de coherencia interna del sistema; y por ello la precariedad y la contingencia. Los llamados valores comunes, entonces, acaban convirtiéndose en ideales abstractos, algo así como grandes mitos colectivos que sólo despiertan consensos débiles y retóricos.

Desde el punto de vista pedagógico, esta situación hará sumamente difícil educar en una comprensión unitaria y coherente de unos valores a los que llamamos comunes. Para la enseñanza de la religión católica, en particular, será difícil desarrollar su proyecto axiológico, cuando su fuente inspiradora y su propia configuración interna chocan tan frontalmente con las formas culturales que hegemonizan hoy la vida de la escuela.

4. Desde que salió a la luz el documento de los obispos españoles Orientaciones Pastorales sobre la Enseñanza Religiosa Escolar, del año 1979, hemos venido aportando razones, y razones valiosas, para mostrar el valor de nuestra contribución a la educación de los alumnos. Pero nuestras razones no parecen encontrar el eco que hubiéramos esperado.

Hemos trabajado mucho por integrarnos con lealtad y competencia en el mundo de la escuela, y ofrecer con solvencia nuestra colaboración al proyecto común de la educación. Estamos empeñados, tras múltiples esfuerzos de actualización y renovación, en la formación integral de los alumnos, y hacerlo de modo significativo conforme a nuestra propuesta cristiana.

Sin embargo, la realidad de las cosas sigue mostrando no pocos interrogantes e interpeándonos en nuestras actitudes y modos de actuación.

La respuesta a esta situación habrá de ser, sabemos, amplia y compleja. Deberá abarcar campos diversos, como la renovación de nuestros proyectos y materiales pedagógicos, el modelo de atención y formación permanente del profesorado, la precisión de los cometidos propios de la enseñanza de la religión católica en la escuela actual, las líneas de ayuda al fortalecimiento de la identidad cristiana y eclesial de los profesores de religión...Todas, y otras más, son tareas necesarias.

Pero, a mi entender, y teniendo en cuenta el objeto de la reflexión que nos ocupa, necesitamos (ésta es, creo, la prioridad) volver la mirada hacia los problemas que están en la génesis de la situación. Necesitamos analizar las raíces para buscar una explicación fundamental a los desafíos y desajustes de la enseñanza de la religión católica en la escuela actual en este campo de la humanización verdadera. Y hacer esto no sólo descriptivamente, sino empeñándonos en la búsqueda de un juicio justo de valor y en la elaboración de propuestas de superación y de futuro.

5. Pues bien, a mi juicio, las razones que están en la raíz de los desafíos básicos planteados hoy a la enseñanza de la religión católica en la perspectiva de su aportación específica a la formación integral del alumno, se centran en la confrontación y aún la ruptura entre el mundo de la razón, de la cultura, solemos a veces decir, y de la fe cristiana. Ruptura que trae su origen, como es sabido, de los inicios de la época moderna y que en los últimos tiempos se ha visto radicalizada y consolidada.

La pretensión de la razón positiva y el rechazo de toda autoridad externa al sujeto, llevan a centrar la identidad del hombre en torno a esta razón reducida a razón instrumental, y constituida en fundamento de la dignidad humana, e inicia un proceso de independencia de Dios. Sobre estas bases, que generan una determinada ontología y antropología, se constituye y asienta nuestra cultura, y sus expresiones en los distintos campos son desarrollos de esta realidad originante. Realidad originante, porque configura a la cultura y al propio hombre.

Será difícil hacer entender a quienes conforman su universo mental y vital sobre estos principios, que la enseñanza de la

religión católica tiene la capacidad y la pretensión de contribuir a la educación integral del ser humano, a su humanización y desarrollo verdaderos.

Será difícil, a su vez, a quienes se hacen cargo de la enseñanza de la religión, traspasar, con los instrumentos que el desempeño de su función le proporcionan, la solidez y la rigidez de una cultura y de un modelo antropológico determinado que domina la vida entera de la escuela y abrir una vía al proyecto cristiano que desea compartir con los alumnos.

6. Por todo esto, me propongo en esta reflexión, consciente de los límites lógicos de una ponencia, acercarme, en primer lugar, al problema que considero raíz y génesis de los desencuentros y desafíos actuales planteados a la Enseñanza de la Religión Católica en su propósito de contribuir eficazmente a la educación integral.

A la vez iré presentando algunas de las líneas básicas que, a mi juicio, debe asumir, la enseñanza de la religión católica en su servicio a la humanización del alumno. Se trata de propuestas y sugerencias para la reflexión que deberán ser objeto de posteriores concreciones y aplicaciones.

## II. LAS RAÍCES DE LA CRISIS: LA REDUCCIÓN ONTOLÓGICA Y ANTROPOLÓGICA

1. Las raíces de la actual situación cultural, hay que buscarlas, como he dicho, en un orden nuevo de conocimiento que emerge en la edad moderna, y que, apelando a la razón, intenta que todo (naturaleza, hombre, Dios) sea interpretado por la sola razón.

Según este orden racional, no será ya la realidad la que oriente el pensamiento, sino que será el pensamiento subjetivo quien dirija y organice la representación de la realidad.

Se habrá establecido así una primera reducción y ruptura entre la conciencia (*res cogitans*) y la naturaleza (*res extensa*), entre el hombre y el mundo. El sujeto situado frente a lo que ve, abrirá una brecha, entre pensamiento y realidad, entre la representación subjetiva y la realidad.

Quedará exaltada, en cualquier caso, la razón humana como última instancia, y todo quedará sometido a ella: la verdad (que

será marginada en beneficio de las certezas que proceden de las representaciones subjetivas, y por tanto haciéndose inestable y contingente), la realidad (que será sacrificada por dichas representaciones), el hombre (que tan sólo será ya un principio cognoscente absoluto, un ser pensante), la libertad (que será alterada en su intrínseca religación a la verdad y reducida a opción subjetiva).

Posteriores radicalizaciones de la razón serán desarrolladas por el positivismo (la llamada razón positivista o instrumental), por el marxismo (la razón cientifista que se recluye en la ciencia como único campo de sí misma), por el existencialismo (la verdad fenomenológica que circunscribe la razón a la fenomenología), por el vitalismo, subjetivismo y el relativismo (la razón única fuente de conocimiento, que sustituye a la verdad y al ser por la voluntad subjetiva de poder).

Todo esto representa una limitación abusiva del conocer humano. Desde esta actitud mental, hoy representada por la orientación cultural dominante, que es el relativismo, nuestra generación (o al menos amplios sectores de nuestra generación) encontrará grandes dificultades para reconocer los límites de este tipo de razón, para sobrepasar el plano de lo verificable y subjetivo, y entrar a vislumbrar la existencia de la realidad plena y de la trascendencia.

2. Pero esta reducción de la razón, que rehúsa la búsqueda de explicación del ser y que renuncia a la verdad, lleva a una reducción mas decisiva: la ruptura del hombre con Dios, que se expresa en una ruptura interior en el ser mismo del hombre (la razón y la fe). La razón, que ha querido independizarse del ser (la conciencia sobre el mundo de los objetos) ha conducido a una absolutización de la conciencia humana, constituyéndose en instancia última de referencia. Y todo ha abocado finalmente al hombre a independizarse de Dios, al ocultamiento progresivo de Dios.

Cuando la apertura y la búsqueda del ser en su totalidad y última verdad es abolida porque el hombre decide abrirse sólo a su mundo, en realidad se acaba encerrando en el ámbito de su conciencia, de su subjetividad, no pudiendo ya conocer más allá de sus experiencias, del mundo en que ha querido circunscribirse como su único horizonte y en el que ha de forjarse a sí mismo. En esta situación, afirmar la existencia de Dios y con-

juntamente la existencia del hombre representa una antinomia insoluble. Pues para que el hombre pueda forjarse a sí mismo, no puede admitir dependencias, no puede admitir la existencia de Dios. Finalmente, se dirá, el hombre ha logrado encontrarse consigo mismo, emanciparse de toda tutela y asumir las riendas de su vida y de su historia en el mundo. Para que el hombre viva una vida plenamente humana, verdaderamente "sobrehumana", se afirmará, es necesario que "Dios muera" (Nietzsche).

Pero esta reducción de la razón, que conduce finalmente a la reducción del ser y al ocultamiento de Dios, también está, como he dicho, en el origen del ocaso del hombre.

En efecto, todo procede de una ruptura esencial: la del ser; y una renuncia fundamental: la de proseguir el paciente camino de la búsqueda de la verdad que de sentido, consistencia y fin al hombre y a la historia humana. El hombre ha quedado constituido como un yo pensante absoluto, como un ser ontológicamente independiente y todo lo demás (el mundo, los hombres y Dios) será el no yo. Su tarea no será ya contemplar la realidad para descubrir su esencia y sus leyes, su horizonte no será el mundo de la verdad que ha quedado abolido por el predominio de la subjetividad, sino el de la invención para constituirse a sí mismo, y establecer aquel orden de principios y valores que se corresponden consigo mismo. Este hombre se erige, finalmente en fundamento último de los valores, en absoluto frente a la pretensión de la fe cristiana. En él y sólo en él, es decir, en la soledad de sí mismo, se asentará la dignidad humana, los derechos humanos. He aquí el origen del proyecto humano de la Ilustración. Y es importante contar con este supuesto para discernir tantas situaciones y discursos, referentes a lo humano, de nuestro momento actual.

Pero este hombre definido sólo por sí y ante sí, por su propia subjetividad y las situaciones sociales y culturales que le rodean, se ha diluido en sí mismo, al renunciar a la estabilidad y fijeza del ser. "En realidad, como dirá Henri de Lubac, no hay hombre, porque no hay nada que trasciende al hombre".

La cultura de la modernidad está empeñada en encerrar al hombre en este ámbito intrasubjetivo e intramundano; empeñada en desligar al hombre de las raíces de su verdad e identidad, de anular en él la exigencia esencial de la recta razón; em-



peñada en limitarle en su ser personal y, en consecuencia, dejarle al final indefenso ante cualquier poder estatalista, ideológico o fáctico. Desarraigado de su origen, este hombre, afirmamos, "sobrevive" como vaciado de sí mismo; separado de Dios, acabará desconociéndose a sí mismo, pues "sin el Creador, la criatura se diluye" (GS 36).

La exhortación postsinodal *Ecclesia in Europa* lo expresa en estos términos: "el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo, ha llevado a considerar al hombre como el centro absoluto de la realidad, haciéndole ocupar así falsamente el lugar de Dios, y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre, por lo que no es extraño que en este mismo contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo en la configuración de la existencia diaria. La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera" (EE 9).

3. Sin embargo, el humanismo verdadero, afirmamos apela a Dios, reclama a Dios, pues el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, predestinado a reproducir la imagen de Cristo, el Hijo de Dios, el Redentor del hombre ("realmente el misterio del hombre se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado", GS 22) y llamado a participar en la vida de Dios. He aquí el origen, la identidad y la meta del hombre. Esta es la raíz de su dignidad personal.

Desde esta posición, decimos, la enseñanza de la religión católica ofrece una aportación positiva a la educación integral de los alumnos, en la medida en que desarrolla el proyecto del humanismo cristiano. Y representa, decimos, una contribución cualificada y valiosa porque dicho proyecto encierra una mayor consistencia racional, una mayor entidad ontológica e intelectual; porque ha producido y produce mayores bienes y una más alta consideración del ser humano; porque ha proclamado la altísima vocación y dignidad del hombre, "camino de la Iglesia", al que hay que salvar (cf. GS 3). Educar es, decimos, desde la fe cristiana, humanizar, impulsar la dignidad de la persona, su libertad, su responsabilidad. Así lo cree el concilio Vaticano II

cuando afirma que el humanismo cristiano, a lo largo de veinte siglos de historia, ha hecho patente la aportación del mensaje evangélico para el desarrollo de los hombres y de los pueblos, con la propuesta de una vida plena que comprende también el compromiso con la comunidad humana (cf. GS 23-32).

#### 4. Algunas sugerencias y líneas de trabajo.

Esta es, en síntesis, la matriz de nuestra cultura. En torno a este eje básico y fundamental se irán articulando, a lo largo de las sucesivas etapas históricas hasta nuestros días, las diferentes formas y proyectos culturales de la modernidad y de la postmodernidad.

También los saberes de la escuela y las mismas estructuras fundamentales de orden organizativo y de orden pedagógico, participarán de esta realidad originaria y se alimentarán de este núcleo básico de referencia. Podemos llamarlo, en verdad, núcleo básico y esencial porque en él están incluidas las realidades fundamentales del ser, la verdad, el bien, la libertad, la felicidad, el hombre, que es configurado conforme a esto.

Pues bien, este principio originante y sus configuraciones actuales constituyen el primero y principal desafío planteado a la fe en el ámbito de la escuela, y es, a mi juicio, la causa primera de los problemas y desajustes de la enseñanza de la religión católica en su deseo de contribuir a la educación integral del alumno.

Ante esto no podemos permanecer tan sólo preocupados e inermes. Es necesario abordarlo en su radicalidad, para poder advertir con claridad sus derivaciones y consecuencias.

Propongo, al respecto, algunas sugerencias y líneas de trabajo:

a) En primer lugar, la toma de conciencia de la influencia decisiva de esta raíz y fundamento de nuestra cultura, y el conocimiento estricto de los términos de su implantación en la cultura escolar.

Tal vez tengamos que comenzar preguntándonos por el estado de opinión y grado de sensibilización de nuestros profesores de religión ante un problema de tal entidad, para poder pasar después a una toma de conciencia más honda y tal vez, a una mayor formación sobre sus consecuencias en la configuración humana de nuestros alumnos.

En concreto debemos ayudar a nuestros profesores a descubrir las formas y expresiones culturales concretas que esta matriz básica de nuestra cultura tiene hoy en la escuela, así como los mecanismos mediante los cuales se establece. Es decir, ayudarles a descubrir bajo qué formas toma cuerpo en los saberes, se manifiesta en los sistemas de organización y administración de los centros y está presente en los paradigmas pedagógicos actuales y en el mundo de las relaciones humanas en la escuela.

El conocimiento y comprensión cabal de las configuraciones y plasmaciones concretas de esta matriz cultural representa, a mi juicio, una primera línea de trabajo necesaria para alcanzar a descubrir el valor determinante de su incidencia en la conformación humana de nuestros alumnos, es decir, las consecuencias para su educación. Subestimar su entidad, minimizar su influencia o, sencillamente, mostrar preocupación, pero desprovista de resolución, sería, a mi juicio, una grave irresponsabilidad.

b) En segundo lugar, se trata de perfilar la actitud y la perspectiva desde la que se ha de abordar este asunto.

Me permito sugerir, para este trabajo, la perspectiva que adoptan los más recientes textos del magisterio de Juan Pablo II, como *Novo Millenio Ineunte* y *Ecclesia in Europa*. Es la perspectiva del diálogo crítico con la cultura, que significa un paso más adelante en relación con los términos del diálogo propuestos por el concilio Vaticano II y desarrollados en el primer postconcilio (GS).

Ante una "cultura de la muerte", como la denomina *Ecclesia in Europa*, una cultura de la muerte de Dios y de la muerte del hombre (cf. EE 9) es necesario, a mi juicio, emprender, como el mejor servicio al hombre de hoy, un acercamiento rigurosamente crítico que resulta ser, en el fondo, una mirada abierta a la esperanza y a la confianza en el hombre (cf. EE 7-10), una oportunidad dada a la libertad de discernir y decidir, y así impulsar el desarrollo de la recta razón y de la conciencia rectamente formada.

Hasta ahora hemos incidido sobre todo en el aspecto descriptivo de este asunto y hemos logrado la identificación y el conocimiento de las expresiones y características de la cultura actual. Pero tal vez no hayamos trabajado a fondo el origen y la

raíz determinante de tales derivaciones, ni lo hayamos hecho de un modo riguroso, analítico y crítico. Tal vez, por esto, estemos hoy necesitados de abordarlo desde esta nueva perspectiva que nos permitirá adquirir, además de conocimientos, criterios de juicio y de discernimiento, para así poder descubrir e identificar los principios y los valores determinantes de la cultura actual en la escuela, su significado y consecuencias para el alumno, y poner la cultura en relación de diálogo de verdad, no sólo retórico, con nuestro proyecto antropológico.

c) En tercer lugar, la propuesta y promoción del humanismo que procede del evangelio.

Se trata de ayudar a descubrir a los alumnos, al interior del debate escolar, la identidad específica del humanismo propio del cristiano, sus diferencias y disparidades respecto del proyecto humanista que nace de la Ilustración. Esto requiere que, en este camino de avance, se presente la propuesta cristiana no tanto como un sistema de ideas, sino como un proyecto de vida que procede del Evangelio, del conocimiento y encuentro con Jesucristo, el Hijo de Dios, que con su Encarnación se ha unido a todo hombre y le ha descubierto la verdad de su ser, y por su Resurrección ha vuelto a dar definitivamente al hombre la dignidad y el sentido de su existencia (cf. RH 9-10).

En las actuales circunstancias, el trabajo en la escuela a favor de la humanización de nuestros alumnos, está pidiendo, a mi entender, una más explícita referencia, nacida de la certeza de la fe, al Redentor del hombre. Ayudar al alumno a dirigir la mirada y a orientar su conciencia y experiencia hacia Jesucristo, porque en su humanidad concreta, el hombre volverá a encontrar su grandeza, la dignidad y el valor propio de sí mismo (cf. RH 10).

d) En cuarto lugar, la búsqueda de un método de trabajo que otorgue la primacía a la persona concreta del alumno, acogiéndole en su situación real.

Se trata de partir de la subjetividad del educando, para desde ella iniciar el camino de su desarrollo verdadero. Ayudarle a ensanchar su potencialidad racional (más allá, pues, de los límites en que hoy queda encerrada), y a conocer el sentido de su experiencia vital más honda, mediante el desarrollo de sus capacidades y expectativas fundamentales, como son la búsqueda de la verdad, la llamada interna a la libertad, la tendencia hacia

el bien y hacia la justicia, el esfuerzo por la solidaridad, la búsqueda de orientación de la existencia... No emprender este camino, demandado por el propio dinamismo vital del hombre, significará renunciar a la razón, a la libertad, a la recta formación de la conciencia del alumno, a la capacidad de ejercer un discernimiento libre de toda manipulación, a la exigencia de eternidad que dimana de la recta razón; en definitiva, a la vida humana verdadera.

Nuestros alumnos podrán entender y acoger el acontecimiento de la Revelación, la enseñanza de la fe, sólo en la medida en que hayan accedido a ser sujetos, personas; hayan comenzado a tomarse en serio su vida, preguntándose a fondo por ella y descubriendo la verdad de ella; hayan llegado a advertir esa llamada profunda de su corazón, que anhela un absoluto capaz de dar respuesta y sentido a toda su búsqueda, ya que "en lo más profundo del corazón del hombre está el deseo y la nostalgia de Dios" (FR 24).

Pero este aspecto abre otro horizonte, en el que se juega la identidad del ser humano, como es la recta armonización en él de la fe y de la razón, que paso a desarrollar a continuación.

### III. LA RELACIÓN FE-RAZÓN, CLAVE Y NÚCLEO REFERENCIAL DEL DESARROLLO DE LA ENSEÑANZA DE LA RELIGIÓN CATÓLICA

Hemos analizado las raíces de la crisis, las razones originarias de las dificultades y desafíos de la ERE en su propuesta de contribución a la formación integral del alumno, y hemos visto algunas posibles respuestas. Ahora paso a exponer el que, a mi juicio, es el primer problema derivado: el de la relación entre la fe y la razón. Este problema es sin duda, en cualquiera de las denominaciones que adopte, el problema principal hoy de la teología, y más allá de ella, de la misma Iglesia y su misión en el mundo actual. Constituye de hecho uno de los temas centrales del magisterio de Juan Pablo II, como se advierte ya en *Redemptor Hominis* y con más amplitud en *Veritatis Splendor* y *Fides et Ratio*.

También su importancia queda referida, como es evidente, a la enseñanza de la religión católica, de la que es pieza principa-

lísima, y, en cierto modo, clave y núcleo referencial de la misma. Por su significación y alcance merece ser objeto de nuestra reflexión.

1. En primer lugar debemos recordar el sentido del problema. Según la orientación dominante de nuestra cultura, el modo en que ha sido situada la relación entre la fe y la razón, es el de la confrontación y la ruptura.

a) Ya desde el principio, los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, tuvieron que dar respuesta a una seria confrontación entre el pensamiento griego (la razón helenista) y el mensaje revelado en Jesucristo (la fe cristiana).

Pero fue en los albores de la modernidad cuando la cuestión quedaría planteada con más hondura y radicalidad, como hemos visto más arriba. La razón, bajo las distintas modalidades y etapas evolutivas se constituirá en criterio y paradigma de racionalidad e irá expulsando del ámbito racional todo aquello que no esté comprendido en la capacidad de control de este tipo de razón.

Pero esta razón, como he dicho más arriba, encerrándose en sí misma, plegándose sobre sí, irá haciéndose incapaz de alcanzar la realidad, la verdad del ser, e irá reduciendo su potencialidad e identidad básica. En efecto, la absolutización de la razón, bajo cualquiera de las modalidades de la modernidad, llevará consigo la renuncia a interesarse por las cuestiones últimas del ser, la renuncia a encontrar respuesta a las inquietudes y exigencias esenciales del hombre. Y a establecer, en su ausencia, modelos de referencia, valores, criterios y certezas a la medida de su horizonte reductivo, relativista o pragmático.

La crisis de la razón impulsará, pues, la crisis de la verdad y la crisis del ser del hombre. La razón racionalista sólo alcanzará a ofrecer verdades empíricas, relativas y contingentes; y al final conducirá al abandono de la idea de una verdad universal sobre el bien. Y asimismo llevará también al desvanecimiento del ser en el hombre, pues la persona está hecha para la verdad, y cuando ésta salta en pedazos se va contra la naturaleza misma del hombre.

b) Pero además, y de igual modo, la crisis de la razón representa la ruptura con la fe, más aún, su eliminación; pues, arrojada al exterior del pensar humano, la fe no tiene cabida en los parámetros racionalistas y por eso es inexistente. La fe, dirán,

no cuenta, no tiene capacidad de relación con la razón, porque no tiene forma alguna de racionalidad, de inteligibilidad. De esta manera la modernidad llevará a la fe al mundo de los sentimientos, de los símbolos, de la subjetividad y privacidad, de la mera experiencia. Es decir, sin valor racional, cultural y social. Luego sin valor humano. La Iglesia va a considerar esta situación como el drama de nuestro tiempo (GS 43; *Evangelii Nuntiandi* 20; VS 88).

Nuestra historia reciente es testigo de una progresiva separación y ruptura entre la fe y la razón, y se llegará incluso a marginar intelectualmente a quienes se empeñen en defender la armonización de la fe y la razón para el recto desarrollo del hombre. Pero esto ha traído grandes consecuencias, y "tanto la fe como la razón se han empobrecido y debilitado una ante la otra" (FR 48).

2. Sin embargo, nosotros afirmamos, que la relación entre la razón humana y la fe cristiana es una pretensión posible y a la vez necesaria. Ambas son distintas, cierto, pero no extrañas entre sí, ni contrapuestas. Ambas pertenecen al ser.

La razón humana desea, por su propia naturaleza, conocer la verdad, descubrir las verdades fundamentales de su existencia y alcanzar, porque tiene capacidad para ello, a conocer a Dios, obtener la certeza de la existencia de Dios "mediante la luz natural de la razón humana", como dice el Concilio Vaticano I (Const. *Dei Filius* 2). La fe, por su parte, representa el anhelo del hombre por alcanzar la Verdad plena que es Jesucristo, y por El, la verdad sobre sí mismo como hombre. Una y otra, pues, razón y fe son distintas, ciertamente. Pero ambas están unidas en la verdad. Ambas tienen su fundamento en la verdad, y ambas han de caminar, como a su meta, hacia la Verdad. Y puesto que existe "una profunda e inseparable unidad entre el conocimiento de la fe y el de la razón" (FR 16), no cabe sino la relación entre ambas, ya que son inseparables y complementarias, y en su unidad enriquecen y elevan al hombre.

Así lo afirma el papa Juan Pablo II en la encíclica *Fides et Ratio*: "La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a El, para que, conociéndolo-

lo y amándolo, pueda alcanzar también la verdad plena sobre sí mismo" (FR, Introducción).

Por eso el Papa nos invita expresamente a trabajar por superar la situación actual de ruptura y nos convoca a ofrecer soluciones y respuestas. Lo cual significa, por una parte, confiar en la capacidad de la razón humana para alcanzar la verdad y abrirse camino hacia la fe; y por otra parte, mostrar cómo la fe acrecienta la capacidad de búsqueda de la razón, y a la vez necesita de la apertura de la razón para entrar en el corazón del hombre.

Fe y razón, pues, llamadas a recuperar la unidad profunda que les hace capaces de ser coherentes con su naturaleza y, aunque en ambas se han de evidenciar sus fronteras, su autonomía, ambas tienen un espacio en el cual pueden encontrarse: es el acontecimiento histórico de la Revelación de Dios en Jesucristo (FR 23), la verdad que Dios ha comunicado sobre sí mismo y sobre el hombre en el tiempo y en la historia gracias al misterio de la Encarnación de Cristo. El Papa expresa esta idea con las siguientes palabras: "La Revelación introduce en la historia un punto de referencia del cual el hombre no puede prescindir si quiere llegar a comprender el misterio de su existencia; pero, por otra parte, este conocimiento remite constantemente al misterio de Dios, que la mente humana no puede agotar, sino sólo recibir y acoger en la fe. En estos dos pasos la razón posee su propio espacio característico, que le permite indagar y comprender, sin ser limitada por otra cosa que su finitud ante el misterio infinito de Dios. Así, pues, la Revelación introduce en nuestra historia una verdad universal y última, que induce a la mente del hombre a no pararse nunca" (FR 14).

### 3. Algunas sugerencias y líneas de trabajo.

En esta situación, la enseñanza de la religión católica, por su propia naturaleza, está llamada a ofrecer una valiosa contribución al servicio de la recuperación de la unidad entre la fe y la razón. A este objeto propongo algunas sugerencias y líneas de trabajo.

a) En primer lugar, el desarrollo de la capacidad propia de la razón humana en su búsqueda de la verdad.

Teniendo en cuenta el vínculo esencial que une a la fe y a la razón, que es su tendencia originaria a la verdad, diremos que



será objeto y tarea propia de la Enseñanza de la Religión Católica trabajar para que la razón se abra a esta verdad y guíe el esfuerzo del alumno en su búsqueda.

Y puede hacer esto la enseñanza de la religión católica, porque parte de una realidad de principio: la realidad de la fe. La fe por su propio dinamismo perfecciona a la razón y ensancha su capacidad de abrirse y conocer la realidad más honda; la fe mueve a la razón a salir de todo aislamiento y a desplegar su capacidad ante lo que es bello, bueno y verdadero (cf. FR 56). La fe, pudiéramos decir, despierta la pasión de la razón por la verdad y el anhelo de buscarla para alcanzar aquel objeto de conocimiento en el que todo adquiere sentido. Más aún, cuando la mente humana acusa el cansancio, o la ausencia de frutos deseados desencadena frustraciones, la fuerza que procede de Dios le impulsa a continuar el camino hacia la verdad, retira los obstáculos que impiden a la razón humana usar eficazmente y con fruto su potencialidad natural (cf. *Humani Generis*, DS 3875). De modo que el potencial del pensamiento humano, no sólo no se verá limitado ni amenazado, en su autonomía, por la fe, sino enriquecido en su dinamismo intelectual, puesto que el acontecimiento de la salvación de Dios en Jesucristo ha redimido también a la razón humana de su debilidad (cf. FR 20-21-22).

El empeño del proyecto cristiano presentado por la enseñanza religiosa católica es apostar por el desarrollo y la apertura de la razón, hacerle justicia al hombre en su búsqueda de la verdad. En este sentido, los profesores de religión han de tomar conciencia del valor y relevancia de su enseñanza, pues representa un servicio a la dignificación y plenitud del hombre y han de buscar la colaboración conjunta con cuantos en el Centro buscan este desarrollo de lo humano. Cuanto más sean desarrolladas las capacidades que Dios ha puesto en el hombre, y en concreto la capacidad racional de apertura a la verdad, más se esclarecerá el misterio de lo humano y más se acercará a la comprensión de la verdad plena.

b) En segundo lugar, y teniendo en cuenta todo esto, la enseñanza de la religión católica ayudará a los alumnos a abrirse camino hacia la Verdad universal y última que el hombre conoce al filo de los acontecimientos históricos: la verdad de Dios en Jesucristo.

Efectivamente, en Cristo, el Verbo Encarnado, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad, y se ha acercado de modo definitivo a ella, dándole a conocer la verdad completa sobre Dios (cf. GS 22), y al mismo tiempo, en Cristo, el hombre ha conseguido conocer la verdad sobre sí mismo, y adquirir plena conciencia de su dignidad, del valor trascendental de su propia humanidad, del sentido de su existencia (cf. RH 11). En la persona de Cristo se establece verdaderamente la unidad de la verdad natural y de la verdad revelada (cf. FR 34).

Luego, será el acontecimiento histórico de la salvación de Dios en Jesucristo, la persona concreta de Jesucristo, la que está llamada a constituir el eje y centro de la enseñanza de la religión católica. La propuesta explícita de la fe en Jesucristo, la centralidad de su persona y su mensaje es, a mi juicio, el modo adecuado de responder hoy a una situación en la que la religión es considerada por no pocos de nuestros alumnos como realidad marginal de su existencia. El problema de la separación fe-razón en la vida de nuestros alumnos no encontrará salida, si nuestra respuesta es de carácter academicista y conceptual. Puesto que el problema es de orden personal (afecta a la persona entera) la respuesta habrá de ser también personal: el encuentro en su historia con la persona de Jesucristo.

Ahora bien, para que esta centralidad cristológica, pueda verse plasmada de modo efectivo, tanto en la programación como en el desarrollo de la asignatura de religión, es necesario:

- Ante todo, que Cristo llegue a ser el centro de la vida del profesor. El que es llamado a enseñar a Cristo, debe buscar primero conocer a Cristo, descubrir su rostro, como nos dirá el Papa en *Novo Millenio Ineunte*, llegar al encuentro con Cristo. De este conocimiento amoroso brota el deseo de anunciarlo, de "mostrarlo" al modo como sólo un testigo puede hacerlo, y de llevar a otros al "sí" de la fe en el Señor (cf. CCE 429). De nuevo la prioridad a observar: la identidad cristiana y eclesial del profesor de religión.

- La segunda exigencia pertenece al currículo y su desarrollo. Es la necesidad de cuidar que la programación y organización de la enseñanza de la fe cristiana se realice de modo riguroso en torno al acontecimiento central de la salvación de Dios en Jesucristo.

Por su importancia paso a detallar este punto en el apartado siguiente.

c) En la presentación de la fe, para su conocimiento y aprendizaje, se habrá de tener en cuenta, a mi entender, dos claves de trabajo (en el fondo dos líneas pedagógicas) que, a su vez, reclaman dos actitudes fundamentales en el profesor y en el alumno:

- La escucha y la acogida de la fe.
- La atención al modo de conocimiento e interiorización de la fe.

Se trata, en primer lugar, de atender el modo de escuchar y acoger la Palabra de Dios, tanto por parte del alumno como del profesor. Se trata de que el mensaje de la fe sea acogido en la singularidad de su naturaleza y de su fuente originaria, lo cual remite a la Revelación; y en concreto, a la comprensión de la Revelación como el acontecimiento de la manifestación y donación de Dios en Jesucristo, y como la invitación y posibilidad de entrar en comunión con El. Si éste es el punto de referencia (Dios mismo entrando en la historia), el contenido de la fe será escuchado y reconocido por los alumnos no como un sistema de ideas y de afirmaciones para el pensamiento o como un conjunto de preceptos y normas para la conducta, sino como un don de Dios a acoger, como "realidades de salvación" que acontecen, por la iniciativa amorosa de Dios, en la historia de los hombres, en su historia personal concreta; como realidades de vida a las que somos invitados a tomar parte con todo nuestro ser personal.

Es decir, en la presentación de los contenidos de la fe, propios de la Enseñanza de la Religión Católica, parece razonable enseñar a escuchar y acoger una Palabra que remite al Autor, a quien se revela y se entrega al hombre; parece procedente educar el sentido de esta escucha, si queremos que se lleguen a entender internamente los misterios de la fe. Más que de una lectura "técnica" de los documentos de la fe, deberíamos tender a una lectura sapiencial de los mismos. Se trata, pues, de suscitar en el alumno una nueva actitud de escucha de una Palabra en la cual, como afirma *Dei Verbum*, "el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos" (DV 21). Y todo esto puede hacerse sin forzar o quebrantar las exigencias pedagógicas curriculares.

En segundo lugar, se trata de enseñar la fe observando con fidelidad las claves del conocimiento e interiorización de la Palabra de Dios.

Quiero decir lo siguiente: el mensaje cristiano, las realidades y acontecimientos de la salvación que constituyen la fe, vienen referidos en la Sagrada Escritura, conservados en la memoria viva de la Iglesia, celebrados en los sacramentos, expresados doctrinalmente en las enseñanzas del Magisterio, mostrados en los testimonios de fe y de vida de los santos.

Son, todas éstas, las expresiones de la fe, de la única fe, y por eso deben ser presentadas y reconocidas en su unidad, como cuerpo orgánico, coherente y armónico que es. De modo que, la primacía de la dimensión noética de la fe, propia de la enseñanza religiosa escolar, ha de ser capaz de integrar en su expresión doctrinal todas las expresiones propias de la fe, que es tanto como atender en fidelidad a las fuentes de la fe, que son también las fuentes originarias y propias de la Enseñanza de la Religión Católica.

La toma en consideración del sentido teológico de las Fuentes de la Revelación y su transmisión, el recurso a ellas, habrá de servir de guía, pues, a la presentación de la fe para su conocimiento en la enseñanza de la religión católica en la escuela.

Tengamos en cuenta que, por las fuentes, a las que hemos de recurrir, nos llega el agua viva de la única Fuente que es Cristo; por ellas, como expresiones y manifestaciones del único misterio revelado, nos llega el don de Dios. Al fin, la fe a la que queremos servir en la enseñanza de la religión católica, representa el mayor bien para el hombre.

#### IV. LA ERE COMO SERVICIO A LA IDENTIDAD E INTEGRALIDAD DE LA PERSONA. LA CUESTIÓN DEL SENTIDO DE LA VIDA

1. Hay un punto de partida de la enseñanza religiosa en la escuela, que será oportuno advertir y valorar. Se trata de lo siguiente: todos los miembros de la escuela, creyentes o no, formamos parte de un mismo universo cultural, pertenecemos a una misma cultura y a una misma sociedad. Esta común pertenencia nos vincula a los intereses de la sociedad, y en concre-

to de la propia escuela. Al interior de este referente común se sitúa la enseñanza religiosa.

Ahora bien, este universo cultural en el que todos nos hallamos inmersos, constituye una trama de convicciones, certezas, problemas, desafíos... que, decimos, son propios de nuestro tiempo, son nuestros, y en relación con ellos parecería necesario hallar un sentido que identifique y ordene todo, de modo que, con la colaboración de todos se contribuya al bien común. Por otra parte, se trata del universo cultural de una sociedad que se constituye en el ámbito y en el lugar histórico concreto de la realización de cada persona, de su ser y su vida, de su dignidad personal y del desarrollo de sus derechos.

2. Pero ésta es una cultura y una sociedad compleja y fragmentada, donde, ante la ausencia de referencia a una verdad última, existen múltiples propuestas de vida de difícil integración en un proyecto unitario de sentido.

Tan diversos modos de ver e interpretar la vida, al hombre y al mundo, acaba por dificultar y aún hacer vana la búsqueda de sentido; y aún más grave, acaba sofocando una exigencia insoslayable del ser humano, como es la cuestión del sentido, desembocando en un estado de escepticismo e indiferencia, que lleva a abdicar de la necesidad del sentido para la vida del hombre, es decir, al nihilismo (cf. FR 81).

3. Sin embargo, el ser humano necesita para su equilibrio y crecimiento personal, un eje articulador e integrador de todo, una verdad básica y esencial, que sea punto de referencia y de identificación.

El problema del sentido tiene que ver, ciertamente, con la vida social y con su ordenamiento, su desarrollo y su progreso. Por eso las sociedades modernas buscan, cada vez con más ahínco, razones de cohesión y mecanismos de consenso entre sus miembros, sobre todo en ausencias de determinaciones más hondas.

Pero sobre todo es un problema de orden individual y personal. El hombre lo necesita para llegar a ser, para alcanzar su identidad y fundar su conducta. Hallar respuesta a la búsqueda de sentido constituye una pieza básica de su desarrollo, una pieza fundamental en el proceso de su formación integral. Desde lo más hondo de su existencia hay una demanda, más o

menos explícita, que mira a la adquisición de esta base sobre la cual edificar su identidad.

Pues bien, la escuela en general, y la enseñanza religiosa en particular, deben dar respuesta a esta exigencia. Un educador sabe que desde el punto de vista psicopedagógico es necesario contar con un proyecto educativo unitario y coherente, donde la cuestión de sentido actúe como referencia básica y unificadora para avanzar hacia el crecimiento de la persona. Pues si el niño o el adolescente se ven inmersos en diversas concepciones de sentido, en una variedad de proyectos humanos no articulados o entre sí contradictorios o dispersos, la educación integral de la persona no hallará asiento estable sobre el que edificarse. Sencillamente no será posible.

Tal vez el rumbo de los paradigmas educativos actuales, centrados en las dimensiones puramente funcionalistas, instrumentales y pragmáticas de la formación, no alcancen a reconocer esta grave ausencia. Pero si la escuela (y la enseñanza de la religión católica en ella) no es capaz de ofrecer hoy a los alumnos una ayuda verdadera en esta búsqueda fundamental, incurrirá en una grave responsabilidad ante la sociedad y ante cada uno de los alumnos.

El servicio a la búsqueda del sentido es en el fondo un servicio a la identidad e integralidad del alumno, al desarrollo del hombre en la sociedad. Por ello debe ser asumida como tarea principal de la Enseñanza de la Religión Católica, haciendo ver, en conformidad con la propuesta específica cristiana, que el sentido de la vida es una fuerza configuradora del ser humano, que la verdad última que presenta y ayuda a descubrir a los alumnos, mantiene viva a la persona, garantiza su libertad, orienta su actividad, inspira y dinamiza sus proyectos; impregna, en definitiva, al ser humano de la grandeza y de la consistencia del ser, del valor del bien, del sentido de lo bello.

El sentido de la vida está vinculado esencialmente a la búsqueda de la verdad. En el actual panorama que presenta el problema de la verdad, la Enseñanza de la Religión Católica está llamada a ofrecer una aportación de gran valor: una aportación crítica y propositiva, dialogante e iluminadora. La enseñanza religiosa ayudará a caminar en esa dirección de profundidad, y en esa búsqueda ofreciendo el sentido que nace de la Revelación, y que en la Encarnación del Verbo en la humanidad

concreta de Jesús, vinculándose así a la historia de los hombres, se nos entrega como fuente de verdad, de vida, de gozo y de esperanza. La ERE debe trabajar por impulsar y hacer patente la relación que existe entre el sentido de la vida y la persona de Jesucristo, para vincular así el mensaje cristiano a la realización de la persona.